

# La era de la posverdad en la sociedad del riesgo

HÉCTOR ALEJANDRO RAMOS CHÁVEZ

*Universidad Nacional Autónoma de México*

## INTRODUCCIÓN

Lo que hasta hace algunos años se consideraban como rumores que se extendían por los pueblos a diferentes velocidades, han tenido una resonancia mayúscula con el surgimiento y la consolidación de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC). En ese contexto, Internet se perfila cada vez más como uno de los medios más importantes para la consulta, la generación y el intercambio de información, con lo cual se ha establecido un gran impacto tanto en la formación de opinión pública como en la elaboración de discursos políticos.

Lo anterior toma notoriedad pues, a la par de este fenómeno, hay autores que consideran la existencia de ciertos comportamientos sociales que, de cierta forma, están destruyendo relaciones sociales que anteriormente daban elementos para la cohesión y una mejor estructuración social. En este sentido, autores como Ulrich Beck dan cuenta de las problemáticas asociadas a la cada vez más deficiente for-

mación y educación de las personas en la era posmoderna. Esto implica, también, la aparición de elementos como la generación de un pensamiento uniforme, así como la proliferación masiva de discursos de desinformación deliberada. Estos temas, elaborados desde perspectivas sociológicas de la fenomenología actual, se vinculan con los temas centrales incluidos en los debates de la *posverdad*, pues tienen que ver con los riesgos que representan las sociedades cada vez más desinformadas, y de ahí su vínculo con el análisis desde una perspectiva bibliotecológica y de estudios de la información.

En este contexto, el trabajo está dividido en tres apartados generales. En el primero se lleva a cabo un breve desarrollo teórico del concepto de *posverdad*, y se recuperan los primeros aportes que le dieron contexto, así como las modificaciones más importantes que ha tenido hasta nuestros días. En el segundo apartado, se vincula el concepto de *posverdad* con los aportes relacionados con los riesgos de la sociedad posmoderna resaltados principalmente por autores como Beck. Finalmente, se desarrollan algunas reflexiones no limitativas a manera de conclusión.

#### ELEMENTOS EVOLUTIVOS DEL CONCEPTO DE *POSVERDAD*

El concepto de *posverdad* no resulta tan novedoso desde el plano de su uso descriptivo de los fenómenos políticos asociados a los discursos carentes de comprobación por parte de los mandatarios o funcionarios públicos de algunos países. En este punto, Steve Tesich fue uno de los primeros en utilizarlo, en 1992, para dar cuenta del análisis del discurso político imperante en Estados Unidos de América. Lo que es notorio es que este concepto adquirió una extraordina-

ria popularidad en 2016, ya que inclusive el *Diccionario Oxford* lo reconoció como palabra del año, debido principalmente a dos procesos políticos: 1) la victoria de Donald Trump en las elecciones de Estados Unidos, y 2) el fenómeno social de la Unión Europea, específicamente en Reino Unido, conocido como el *Brexit*.

En sus primeros estudios Tesich (1992) vincula la *posverdad* con el análisis del comportamiento del discurso político y apaciguamiento social en distintas administraciones de ese país. De forma específica, las administraciones abordadas por Tesich son la de Richard Nixon, la de Ronald Reagan y la de George H. W. Bush. Estas administraciones, según el mismo autor, tuvieron como característica general compartida que la formación del discurso político se relacionó más con la manipulación de la información que con un discurso apegado a la verdad y realidad de los asuntos públicos.

Tomando en consideración estos fenómenos, Tesich vislumbró un desvanecimiento cada vez mayor de la línea que divide la verdad de la mentira. Este problema también tiene como principio que, bajo esas administraciones analizadas por el autor, se empezó a vincular un nexo casi directo entre la verdad con las malas noticias. Sin embargo, la ciudadanía estaba cada vez más cansada de las malas noticias (de la verdad, por ende) y empezó a preferir mentiras o verdades manipuladas, aunque esto fuera en detrimento de la verdad, en primer lugar, y del bien público, en segundo. En este sentido, se empezó a entender más al gobierno como un conocedor, pero a la vez protector de la verdad, que a un ente obligado a decirla a sus ciudadanos. Por tanto, en términos generales, la *posverdad* “[...] puede ser una mentira asumida como verdad o incluso una mentira asumida

como mentira, pero reforzada como creencia o como hecho compartido en una sociedad.” (Amón, 2016).

En este punto, el propio Tesich sostiene la idea de que, bajo la presidencia de Reagan, el gobierno logró tener una percepción acertada, relacionada con que la ciudadanía no quería conocer con certeza la verdad y que en su lugar prefería y aceptaría una información manipulada, o de cierta forma manejada, con objeto de perder la intrínseca idea de negatividad que cargaba la propia verdad. Lo anterior era posible gracias, según el mismo autor, a que esta misma administración supo entender que la gente preferiría una mentira antes que la verdad.

Lo anterior no resulta menor en el entendimiento de la *posverdad*, pues sugiere la idea de que a la par de que el gobierno, en muchas ocasiones, tiene intenciones de maquillar la realidad con objeto de mantener los niveles de gobernabilidad aceptables, es decir, justificar y sostener sus acciones políticas; también la ciudadanía, en términos de un comportamiento social y colectivo, muchas veces no quiere escuchar malas noticias, aunque éstas estén apegadas a la verdad, y por el contrario, prefieren que el discurso de las autoridades públicas esté alejado de esa verdad, pero que transmita noticias aceptables a la población. Estas dos perspectivas fueron muy bien identificadas por Kreitner (2016) en su lectura de Tesich, afirmando que:

Rápidamente nos estamos convirtiendo en prototipos de un pueblo que los monstruos totalitarios solo podrían babear en sus sueños. Todos los dictadores hasta ahora han tenido que trabajar duro para suprimir la verdad. Nosotros, por nuestras acciones, estamos diciendo que esto ya no es necesario, que hemos adquirido un mecanismo espiritual que puede desnaturalizar la verdad de cualquier significado. De una manera muy fundamental, nosotros, como pueblo libre, hemos decidido libremente que queremos vivir en un mundo *posverdad*.

La obra *The Post-Truth Era* (Keyes, 2004) significó también un aporte muy interesante para contextualizar el entendimiento de la idea de *posverdad*. En este sentido, el autor parte su análisis de la *posverdad* argumentando un declive de la honestidad en diversos campos de lo social y lo individual, que dieron paso a procesos deshonestos y apegados más a mentiras que a verdades. Un aspecto interesante a destacar en la obra de Keyes es el de no sólo visualizar el fenómeno de la *posverdad* en términos del discurso político o del comportamiento social —como lo habían hecho muy bien sus antecesores—, sino de ubicar al propio concepto como un fenómeno que, por estar tan impregnado en diversos aspectos del comportamiento humano, podía entenderse como una tendencia que marcaba una era en la actualidad. Es decir, a la par de una época enunciada por muchos autores como la “era de la información”, en donde las tecnologías facilitarían la obtención de información de gran parte de la población mundial, también se hace referencia a un lapso marcado por procesos deshonestos y alejados de la verdad, planteado por este autor como la “era de la *posverdad*”.

En este punto las propias tecnologías, como Internet, facilitarían la transmisión de mentiras o verdades manipuladas. Ejemplo de lo anterior es cuando el autor sostiene que “[...] el correo electrónico es un regalo del cielo. Con el correo electrónico no tenemos que preocuparnos tanto de un temblor en nuestra voz o de un temblor en nuestro dedo meñique al decir una mentira. El correo electrónico es un habilitador de engaño de primera clase.” (Keyes, 2004: 198).

Esta manipulación de la verdad no se quedaría con exclusividad en el campo político o de interacción social, ya que incluso podría vincularse con las prácticas docentes y académicas, pues como sostiene ese mismo autor:

Uno podría pensar que aquellos en el campus alcanzan un estándar más alto de veracidad que aquellos fuera del campus. Presumiblemente, se enseña un fuerte respeto por la verdad junto con la física y la filosofía. Eso no es necesariamente así. Pocas personas fuera de la academia se dan cuenta de cuán lejos ha caído la estima de la verdad dentro de los muros académicos. (Keyes, 2004: 114).

A la par de estos aportes que han intentado construir un marco referencial para entender al concepto de *posverdad*, también hay autores que han cuestionado su verdadera trascendencia conceptual (Marzal y Casero, 2017; Viner, 2016). De esas lecturas, y tomando en consideración otros elementos, se pueden mencionar por lo menos dos grandes críticas que se deberían considerar en el análisis conceptual de la *posverdad*.

En primer lugar se debería abordar la temática del origen mismo que le da sentido a la idea de *posverdad*. Con ello, se debería analizar el actuar (y el discurso) gubernamental no tanto en la virtud de los gobernantes, sino en función del ejercicio del poder que guiarán gran parte del comportamiento (y del discurso) del gobierno. Es decir, como acción de poder y de capacidad de dominio (Maquiavelo, 1997).

De igual forma, se podría entender que es imposible comprender la complejidad de todos, y tan diversos, ambientes y niveles en el que se lleva a cabo la política, por lo que no se puede entender, ni tener información, de todos ellos (Easton, 1999). Con lo anterior se entendería que hay acuerdos, acciones y toma de decisiones que son totalmente ajenas a los conocimientos de la ciudadanía.

Otro elemento en el que valdría la pena ahondar un poco más en su análisis es el del político que hace política, y del político que vive de la política (Weber, 1997). Relacionado con ello, se ha argumentado que “[...] quien hace política aspira al poder; al poder como medio para la consecución

de otros fines (idealistas o egoístas) o al poder ‘por el poder’, para gozar del sentimiento de prestigio que él confiere” (Weber, 1997: 22). En este punto el propio Weber argumenta que no está mal que existan políticos de esta naturaleza, pero advierte la necesidad de contar con un cuerpo profesional en el ejercicio gubernamental denominado por él mismo como burocracia, que al tiempo de tener claros los canales y normatividades gubernamentales, sirva de contrapeso al ejercicio del poder. En otras palabras, la necesidad de la existencia de un equilibrio de fuerzas entre la autocracia y el funcionariado profesional de gobierno.

Este análisis de Weber, para el caso específico de la *posverdad*, no se agota con la discusión del profesional o la persona que vive de la política, pues también da luces sobre el discurso político que no siempre, ni necesariamente, está apegado a la verdad. En este sentido, bajo la pregunta ¿cuáles son las facultades que cuentan para la elección del caudillo o líder del poder político?, y centrándose en el caso inglés a principios del siglo pasado, pero perfectamente aplicable a otras latitudes y a otros tiempos, señala:

Además de las cualidades de la voluntad, decisivas siempre, lo que aquí cuenta es, en especial, la fuerza del discurso demagógico. Su estilo ha ido transformándose notoriamente desde las épocas de Cobden, en que se dirigía a la inteligencia, pasando por las de Gladstone, en cuya aparente sobriedad de “dejar que los hechos hablen por sí solos” era un especialista, hasta nuestros días, al extremo de movilizar a las masas valiéndose con mucha frecuencia, de medios puramente emocionales semejantes a los que emplea el Ejército de Salvación. (Weber, 1997: 47).

Con la argumentación anterior nos vamos dando cuenta cómo, para el caso de Inglaterra, el discurso fue transitando de las ideas y los hechos hacia el discurso emotivo para la movilización de masas, con lo cual, inclusive, se llegó

a argumentar que “[...] resulta lícito calificar a la situación actual como una dictadura basada en la utilización de la emotividad de las masas.” (Weber, 1997: 47). Estos elementos se vinculan estrechamente con la idea que sustenta al concepto mismo de *posverdad*.

Lo que estos elementos intentan mostrar es que no siempre el actuar, y por ende el discurso político, necesariamente están vinculados a la idea virtuosa de la ética y de la verdad, por lo que intentar asociar idílicamente a la verdad con el discurso político, como se aprecia constantemente en los análisis de la *posverdad*, está descontextualizado de una realidad concreta. En este punto, desde los análisis que se han realizado bajo el enfoque de la *posverdad*, desde hace ya muchos años, el discurso político está más relacionado con la emotividad del discurso, que con un apego fundamentado en la verdad.

La segunda de las críticas es la de vincular, como indisoluble, la idea de verdad o mentira en la comunicación y elaboración del discurso humano. En este punto no sólo existen discursos apegados a la verdad o totalmente tendenciosos a la mentira, sino que también hay formas de comunicación que se basan en la opinión de las personas, sin que se tome en cuenta si lo que se dice es verdad o mentira, pues sólo se trata de dar una apreciación de un tema al que quizá no se sea especialista y del que no se tenga conocimiento de causa.

Si partimos de que las personas sólo se comunicaran y emitieran comentarios de lo que conocen con certeza, es decir, de que lo que se diga sea siempre la verdad (o lo más apegado a ella), prácticamente no tendríamos conversación autorizada de ningún otro tema al que se fuera especialista (si es que se fuera en uno), pues no contaríamos con todos los elementos para asegurar de que lo que se dice



en otros temas esté apegado a esa verdad. En este punto es interesante el aporte de Frankfurt (1986, 2005, 2007), y posteriormente retomado por Katz (2017), en la utilización conceptual de lo que él describe como *bullshit*, mencionando que:

[...] los *bullshitters*, manipuladores o charlatanes, aunque se presentan como personas que simplemente se limitan a transmitir información, en realidad se dedican a una cosa muy distinta. Más bien, y fundamentalmente, son impostores y farsantes que, cuando hablan, sólo pretenden manipular las opiniones y las actitudes de las personas que les escuchan. Así pues, principalmente, su máxima preocupación consiste en que lo que dicen *logre* el objetivo de manipular a su audiencia. En consecuencia, el hecho de que lo que digan sea verdadero o falso les resulta más bien indiferente. (Frankfurt, 2007: 8).

Estos elementos de propagación de *posverdades* se multiplican exponencialmente si tomamos en consideración las formas en las que en la actualidad la gente se informa y se forma opinión pública, elementos cada vez más relacionados con el uso de las tecnologías, principalmente Internet, al utilizar las computadoras, pero también, en la actualidad, desde las tabletas, los celulares y hasta los relojes de pulsera. En este sentido, existen aportes muy interesantes que dan cuenta de ese cambio y la importancia de Internet para informar (Purcell, Rainie, Mitchell, Rosenstiel y Olmstead, 2010; Sterret, 2012; Navarro y Juárez, 2011).

Desde estas perspectivas se da cuenta de la importancia fundamental que tiene Internet para informar, sobre todo a los jóvenes, en donde el uso de estas tecnologías representa el primer lugar en la forma en la que obtienen información, pues:

Los jóvenes se han convertido en un objeto de estudio privilegiado en el campo de la reflexión sobre el impacto social y cultu-

## ***La posverdad y las noticias falsas: el uso ético de la información***

ral del uso y consumo de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC). Son la generación digital, la vanguardia que representa el futuro, pero también el sector de población más vulnerable a los riesgos que encierran estas tecnologías. (Navarro y Juárez, 2011: 33).

Lo anterior no está libre de problemáticas, ahora asociadas a la utilización casi exclusiva de esas tecnologías para informarse, pues se debe tener en consideración el tema de la calidad de la información que se está consumiendo, su veracidad y el pluralismo que pueda llegar, o no, a representar y contener. Pues parece que la información está cada vez más siendo como información “a pedido” o “a la carta”, donde uno selecciona el perfil y la tendencia de la información que quiera conocer y se deja de lado a la información, que quizá sea más verdadera o trascendente, por no coincidir con las formas en las que nosotros queremos abordar ese contenido o análisis noticioso. En este sentido se ha vislumbrado la idea de “silos de información”, como:

[...] compartimientos aislados, burbujas epistémicas donde siempre se conversa entre pares que comparten idénticos marcos conceptuales. Los intercambios son verticales, confinados al encierro de ideas, ciegos a otras fuentes de información. Esos “silos” son cada vez más pequeños, más encerrados sobre sí mismos. En su interior, encerrados fronteras adentro, solo se recolectan información que apoyen sus principios o su verdad. (Flichtentrei, 2017).

En este contexto, es pertinente abordar el análisis de los riesgos que pueden llegar a desencadenar estos fenómenos, así como reflexionar sobre los cambios en los procesos de sociabilidad (o individualización) que se están generando, temas que serán abordados en la siguiente apartado de este capítulo, tomando como referente las aportaciones de Ulrich Beck.

LA POSVERDAD EN LA SOCIEDAD DEL RIESGO

En gran parte de la obra de Beck se hace referencia a la existencia de un nuevo paradigma en cuanto los procesos de sociabilidad de los individuos. En este sentido, se argumenta que a partir de la transición de la modernidad a la segunda modernidad, o modernidad reflexiva, se ha llevado a cabo un proceso más amplio de individualización. En este nuevo contexto, los individuos obtienen mayor información, lo que los hace conocer más de los asuntos y de cierta forma ser más libres en su toma de decisiones, pero esta libertad tiene como características permanentes el indeterminismo, el riesgo y la precariedad. Gran parte de estos aspectos que conlleva la libertad en la actualidad podrían estar relacionados con la información, pues con los nuevos procesos para la obtención de la información, cada vez más vinculados a las tecnologías de la información, se corre el riesgo de que ésta pueda ser parcial, tendenciosa o directamente falsa, aspectos ligados directamente con el tema de la *posverdad*.

Estos elementos resultan muy interesantes para los estudios bibliotecológicos y de la información, pues otra forma de entender esas modernidades propuestas por Beck es el de vincular a la primera modernidad (o simple modernidad) al periodo de desarrollo industrial, por lo que también puede ser entendida como modernidad industrial, en la cual se generaron aspectos y normatividades del individualismo a la luz de la Ilustración, y que de cierta forma moldearon comportamientos “rutinarios” alrededor de la propiedad privada, los contratos, la familia y la sociedad civil. Por otro lado, en la segunda modernidad (o modernidad reflexiva) Beck le atribuye un papel central a la información, y la llega a definir, también, como “modernidad informacional” en donde se

desdibujan las rutinas alrededor del individuo y se llevan a cabo procesos cada vez más vinculados a procesos reflexivos.

Un ejemplo en el cual podemos encontrar esa importancia fundamental a la información es cuando Beck aborda la discusión de los retos empresariales del “futuro”, en donde se deja de lado la productividad como factor fundamental para el desarrollo de las empresas y se da paso la información como elemento clave para ese desarrollo. En este mismo sentido, Beck argumenta:

La transformación microelectrónica de la estructura de control convierte el tratamiento, la administración y monopolización de los flujos de información en un problema central para las “empresas” del futuro [...] En la medida en que la unidad local de la producción se fragmenta y se estratifica, la información se convierte en el medio central que posibilita la relación y el mantenimiento de la unidad productiva. Con ello se hace central la cuestión acerca de quién, cómo y con qué medios detenta informaciones y sobre quién, sobre qué y para qué. No es difícil adivinar que en las confrontaciones empresariales del futuro esas *luchas por el poder de distribución y denegación de flujos de información* serán una fuente importante de conflictos. (Beck, 1998: 272).

En este mismo sentido, se puede llegar a suponer que los factores que anteriormente daban sustento al proceso productivo, como materias primas, maquinaria, cualificación técnica del personal y el capital, entre otros, cada vez están siendo superados por la importancia que adquiere la información en ese mismo proceso productivo. Al respecto se señal que:

Ese aspecto cabe subrayarlo si se tiene en cuenta que, en cuanto a la propiedad jurídica, se comienza a diferenciar también entre la capacidad real de los medios de producción y la producción descentralizada, de modo que el control sobre el proceso de producción comienza a depender esencialmente de los finos hilos de la accesibilidad a las redes de información. (Beck, 1998: 272-273).

Por otro lado, según Beck, el discurso político no debe de estar alejado de la opinión pública, pues el gobierno y los funcionarios públicos querrán legitimar su actuación y su quehacer público, por lo que podemos ver que en algunos de los casos se prefiere emitir discursos con *posverdades* sobre discursos relacionados con la verdad de los asuntos; en este sentido se ha propuesto que:

[...] las esferas políticas no pueden ignorar la opinión pública publicada por el peligro que entraña de perder las elecciones. Esta opinión pública se refuerza y estabiliza con hábitos televisivos y las nuevas tecnologías de la información, pero adquiere cada vez más importancia por la desmitificación de la racionalidad científica en las condiciones de la sociedad del riesgo (Beck, 1998: 252).

Sin embargo, no siempre el gobierno prefiere la *posverdad* sobre la verdad, sino que en algunas ocasiones no cuenta con información suficiente sobre los asuntos para poder brindar los discursos públicos más apegados a la realidad. Este fenómeno fue identificado por Beck al sostener que “La opinión pública y la política, dada su situación, están siempre y necesariamente ‘desinformadas’, van a remolque de los procesos, razonan en términos sociales y morales que son ajenos [...]” (Beck, 1998: 263).

Aunado a esta discusión, podemos ubicar al tipo de político que emite el discurso público, en donde, por un lado, encontraríamos al político ético que busca el bien colectivo, y por lo tanto estará dispuesto a hacer “política”, tanto para una mejora social como para la aminoración de los problemas públicos. Por otro lado, se puede ver a un tipo de político que vive por y para el poder, el cual es más propenso a realizar “subpolítica”, con objeto de afianzarse o perpetuarse él o su grupo en el poder. En este segundo tipo de político podríamos ubicar con más facilidad a aquellos que guían

sus discursos con base en *posverdades*. En relación con este punto, el propio Beck establece que:

También podemos formular esa diferencia central entre política y subpolítica en otros términos: la política democráticamente legitimada dispone, como medios de influencia, de leyes, dinero e información (por ejemplo, sobre la formación de los usuarios), posee medios de poder indirectos cuyas lentas fases de aplicación se enfrentan a controles, correcciones y desnaturalizaciones. En cambio, la subpolítica del progreso es directa en su incorporación. (Beck, 1998: 264).

Estas reflexiones de Beck surgen a partir de su interés por el siguiente cuestionamiento: ¿qué significa la individualización de los estilos de vida? Para contestar, parte del entendimiento de que en la vida moderna se transforma en cualquier aspecto que queramos considerar (ya sea la religión, la ciencia, la verdad, la moral, el matrimonio, etcétera) en una “libertad precaria”. Libertad que, como se argumentó anteriormente, esté sustentada en información no del todo ligada a la verdad, sino más a la *posverdad*.

En este mismo sentido, el concepto de la *individualización* implica una serie de desarrollos y experiencias sociales caracterizadas principalmente por dos aspectos: el primero de ellos se refiere a que la individualización significa la desintegración de las formas sociales anteriormente existentes; el segundo, está relacionado con entender que en las sociedades modernas los individuos se enfrentan a nuevas exigencias, controles y constricciones. Es importante dejar en claro que este proceso de individualización no se tiene que entender como el aislamiento del individuo; por el contrario, “[...] el espacio en el que los sujetos modernos despliegan sus opciones es cualquier cosa menos una esfera no social” (Beck y Beck-Gernsheim, 2003: 39), por lo que el tratamiento de la información y la manipulación del otro y

de las masas siguen siendo un tema recurrente en el actuar político; de ahí el tema recurrente de la *posverdad*, es decir, del discurso político ligado más a las emociones que a la verdad.

De igual forma, cabría resaltar que Beck reflexiona sobre que en la modernidad actual, más que *nacer*, los individuos debemos *hacer* algo, es decir, hacer un esfuerzo activo. En la serie de elementos se han reconfigurado para que este proceso de individualización se lleve a cabo, uno de ellos tiene que ver con que la “biografía normal” de todo individuo, ahora se está convirtiendo más en “biografía hágalo usted mismo”, “biografía reflexiva” o en “biografía electiva”. Este cambio no va acompañado ni por el consentimiento del individuo ni por el aseguramiento del éxito de los individuos. Un segundo elemento que se debería rescatar en esta discusión es el relacionado con que en la actualidad se está configurando una “moral del vagabundo”, que tiene que ver con la incertidumbre de muchos elementos que antes estaban asegurados y que de cierta forma aseguraban un estilo de vida a los individuos.

En este punto, es importante remarcar, como se mencionó anteriormente, que este proceso de individualización no es una condición social dada por la decisión propia de los individuos. Uno de los rasgos principales del proceso mismo de individualización es que los individuos, si pretenden no fracasar, deben de: 1) planear a largo plazo; 2) ser capaces de adaptarse al cambio; 3) saber improvisar; 4) organizarse; 5) fijarse metas; 6) tomar en cuenta los obstáculos; 7) saber reconocer las derrotas, y 7) intentar buscar rápidamente nuevas salidas. Es decir, “[...] necesitan iniciativa, tenacidad, flexibilidad y paciencia ante los fracasos.” (Beck y Beck-Gernsheim, 2003: 42).

Estos elementos van orillando a una suerte de imposibilidad de vivir la vida moderna, pues las certidumbres que en un pasado se tenían como aseguradas han desaparecido y se han fragmentado, motivos por los cuales, según el propio Beck, la gente no puede dormir. Las principales causas de este “insomnio social” se debe a que se está viviendo una pérdida continua de cierta obviedad en su forma de ser y relacionarse, debido a la paulatina pérdida de rutinas e instituciones que permitían en el pasado una posibilidad de vida más desahogada para el individuo. En la actualidad, la misma pérdida de certidumbre y la paulatina destrucción de la ruta trae esfuerzos supremos y presiones a los individuos. Estos elementos resultan muy interesantes al analizar la actualidad, en la cual existen muchos más mecanismos para obtener información, lo cual podría suponer un mayor conocimiento y certidumbre sobre los asuntos y las posibilidades para tomar mejores decisiones. Sin embargo, a la par de que la información va generando mayores libertades a los individuos, también se van acentuando algunos procesos de incertidumbre y desconcierto social; fenómenos que podrían estar vinculados a la *posverdad*, debido a la lejanía de la verdad en la que en la actualidad se va formando la opinión pública.

Según Beck no debe confundirse a la individualización con otros conceptos como la autonomía, la emancipación, la libertad o la auto-liberación de la humanidad, sino por nuevas realidades sociales que se caracterizan por unas “formas híbridas”, contradictorias y ambivalentes.

Por todo lo anterior, se puede concluir que en la modernidad actual, que tuvo su nacimiento en el momento justo de la reivindicación del poder individual por parte del mismo sujeto, aspectos que en un pasado no muy lejano daban cierta estabilidad y seguridad al individuo —como lo pue-



den ser la religión, la naturaleza, el empleo, el matrimonio y el sistema social— están siendo paulatinamente sustituidos por el individuo, “[...] un individuo confundido, despistado y sin saber qué hacer ni a qué santo encomendarse.” (Beck y Beck-Gernsheim, 2003: 91). En este punto podríamos ubicar esa confusión y despiste en el proceso mismo de información, que cada vez se está fincando en discursos y contenidos de cierta forma tendientes a lo que nosotros mismos queremos saber, que evoquen a lo queremos escuchar y no a lo que no queremos conocer o saber, aunque esto último esté más cercano a la verdad.

## REFLEXIONES FINALES

Como se argumentó en este capítulo, en la actualidad existe una tendencia, sobre todo en los ámbitos políticos y de la administración pública, de emitir opiniones, discursos y mensajes que tienen como características estar más fundamentados en la generación de emotividades, sensibilidades y sentimentalismos, que en intentar acercarse a la objetividad y verdad de los asuntos públicos. El peligro principal de este tipo de discursos, o *posverdades*, radica en que sus contenidos van generando opinión pública y acción colectiva que impactan el desarrollo interno y las relaciones internacionales de las naciones. Ejemplo de ello puede verse cristalizado en los resultados que arrojaron los dos casos más comentados como *posverdades*: el del *Brexit*, en Inglaterra y la Unión Europea, y la victoria de Trump, en las elecciones presidenciales de Estados Unidos.

Existen procesos que van acentuando de forma más amplia el consumo de *posverdades* para la generación de opinión pública, como lo puede ser la cada vez mayor obtención

de información a través de las herramientas digitales, sobre todo Internet. Con lo anterior no se pretende restar viabilidad a esas herramientas como medios muy poderosos para la obtención de información y generación de encuentro y participación social; sin embargo, es preciso identificar los procesos en los cuales los individuos se encierran en silos que desinforman y alejan de la verdad. Estos elementos se pueden vincular a la idea de la sociedad del riesgo planteada por Beck, pues en esta misma sociedad se da cuenta de individuos cada vez más informados, y que sin embargo carecen de certidumbre tanto de los fenómenos sociales como del desarrollo de sus propias vidas.

Ante esto se fortalece cada vez más el papel de los especialistas en el tratado y estudio de la información, pues su papel no sólo termina en el de estudiar los fenómenos como éste, con objeto de entenderlos, sino también para proponer alternativas de mejora, ya sea mediante la creación de herramientas, servicios y mecanismos que acerquen a la población a fuentes más confiables de información, o la vinculación directa para generar políticas que posibiliten la existencia de individuos más y mejor informados, capaces de identificar fuentes confiables sobre *posverdades*, y con ello revertir el resultado dejado por el discurso político imperante.

## BIBLIOGRAFÍA

- Amón, R. (2016). "Posverdad", palabra del año. *El País*, 11-16 [en línea], [https://elpais.com/internacional/2016/11/16/actualidad/1479316268\\_308549.html](https://elpais.com/internacional/2016/11/16/actualidad/1479316268_308549.html)
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo global*. Barcelona: Paidós Ibérica.

## *La era de la posverdad en la sociedad del riesgo*

- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Easton, D. (1999). *Esquema para el análisis político*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Flichtentrei, D. (2017). Posverdad: la ciencia y sus demonios [en línea], <http://www.intramed.net/contenido.asp?contenidoID=90809>
- Frankfurt, H. (1986). On Bullshit. *Raritan Quarterly Review*, 6(2), 1-16.
- \_\_\_\_\_. (2005). *On Bullshit*. Princeton: Princeton University Press.
- \_\_\_\_\_. (2007). *Sobre la verdad*. Madrid: Paidós.
- Katz, A. (2017). ¿Posverdad? ¡Bullshit! [en línea], <http://www.museodelholocausto.org.ar/wp-content/uploads/2017/05/Discurso-Alejandro-Katz-presentacion-muestra-CINU-abril-2017.pdf>
- Keyes, R. (2004). *The Post-Truth Era. Dishonesty and Deception in Contemporary Life*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Kreitner, R. (2016). Post-Truth and Its Consequences: What a 25-Year-Old Essay Tells Us About the Current Moment. *The Nation* [en línea], <https://www.thenation.com/article/post-truth-and-its-consequences-what-a-25-year-old-essay-tells-us-about-the-current-moment/>
- Maquiavelo, N. (1997). *El príncipe*. México: Espasa-Calpe Mexicana.
- Marzal, J. y Casero, A. (2017). El fotoperiodismo en la era de la posverdad. *adComunica. Revista Científica de Estrategias, Tendencias e Innovación en Comunicación*, (13), 11-17.
- Navarro, J. S. y Juárez, D. A. (2011). Internet como fuente de información para la vida cotidiana de los jóvenes españoles. *El profesional de la información*, 20(1), 32-37.

## ***La posverdad y las noticias falsas: el uso ético de la información***

- Purcell, K.; Rainie, L.; Mitchell, A.; Rosenstiel, T. y Olmstead, K. (2010). Understanding the Participatory News Consumer [en línea]. <http://www.pewinternet.org/2010/03/01/understanding-the-participatory-news-consumer/>
- Sterret, D. (2012). El potencial y las limitantes de internet para fomentar la deliberación y la democracia en el mundo. En: I. Ramos y E. Campos (Eds.). *Ciudadanía en 3D: Democracia digital deliberativa, un análisis exploratorio* (pp. 85-135). Barcelona: Edhasa.
- Tesich, S. (1992). A Government of Lies. *The Nation*, 6(13), 12-14.
- Viner, K. (2016). How technology disrupted the truth. *The Guardian* [en línea]. <https://www.theguardian.com/media/2016/jul/12/how-technology-disrupted-the-truth>
- Weber, M. (1997). *El político y el científico*. México: Colofón.